

Vicente Conejero

captando perfiles

El científico y el artista

El científico no inventa nada nuevo. Sólo encuentra lo que necesita. El artista descubre aquello que no necesita. Trae lo nuevo.

El artista es alguien que puede obtener un enigma a partir de una solución.

El científico y el artista

La Universitat Politècnica de València (UPV) ha sido, desde su creación en 1971, un espacio donde el conocimiento, las ideas y el esfuerzo colectivo han dado forma a su identidad. Desde sus primeros días como una institución joven y dinámica, hasta convertirse en un referente internacional en educación e investigación, las personas han sido siempre el motor que ha impulsado su evolución.

En esta exposición, el catedrático Vicente Conejero Tomás (hoy emérito y uno de los pioneros de esta universidad) nos ofrece un relato visual único de esta transformación. A través de una colección de retratos, nos invita a recorrer los rostros de quienes han perfilado la historia y el carácter de la UPV.

Con la precisión del científico y la sensibilidad del artista, Conejero combina su curiosidad innata con un trazo ágil y expresivo para captar no solo las facciones, sino también la esencia y la humanidad de sus protagonistas. Sus dibujos no son solo representaciones físicas, sino también reflexiones profundas que desvelan las emociones y las historias que han dado vida a esta universidad.

Es importante señalar que el propio Vicente Conejero me ha insistido en que, al realizar estos retratos, no había en su mente ninguna intención deliberada en documentar la historia de la UPV ni vincular sus dibujos con momentos decisivos. Dibujaba por pura curiosidad, por el placer de observar y atrapar, con unos pocos trazos, un gesto, una expresión, una mirada fugaz. Sin embargo, al contemplar hoy esta colección, me resulta imposible no ver algo más: cada rostro parece resonar con los ecos de decisiones importantes, encuentros memorables, cambios que definieron el rumbo de la universidad. Una lectura inevitable que conecta cada retrato con secuencias de una historia. Tal vez sea justamente esa falta de intención consciente lo que hace que estos dibujos hablen con tanta autenticidad, como si el tiempo hubiera depositado en ellos, sin avisar, fragmentos de la memoria viva de la Institución. Esta es mi propia mirada, inevitable quizás, porque el arte tiene la capacidad de revelar lo que ni siquiera su autor se propuso mostrar.

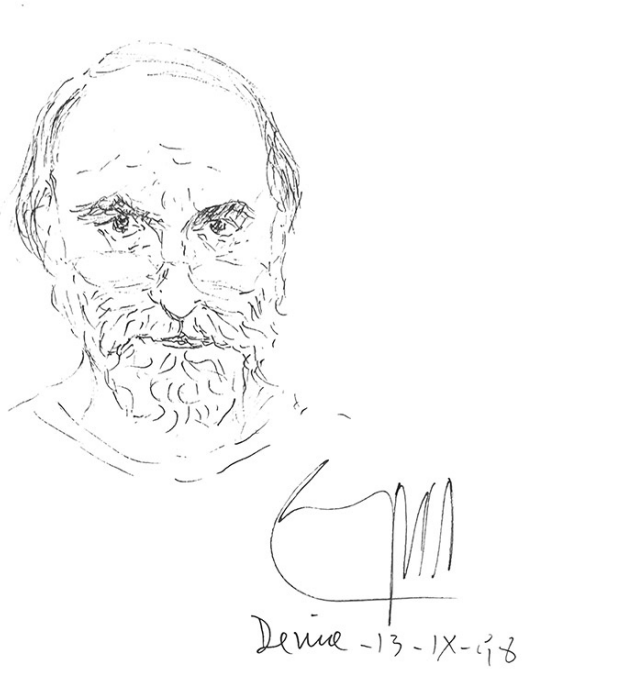
Además, hay en las vitrinas de la exposición algunas piezas que obligan la intención de esta mirada: pequeños fragmentos del tiempo y el espacio en los que fueron creados los retratos. Esbozos realizados en los márgenes de convocatorias de Claustro, invitaciones a actos de Honoris Causa, presupuestos de proyectos de investigación, pedazos de mantel o servilletas de La Vella, e incluso en la parte trasera de anuncios de encuentros científicos.

Estos soportes improvisados, parte de la actividad cotidiana de la universidad, no solo documentan el día a día de la UPV, sino que también nos transportan a las circunstancias y decisiones que marcaron su trayectoria. En ellos, el arte de Conejero se convierte en memoria viva, conectando a las personas con los hitos y momentos clave de la institución.

“Vicente Conejero: captando perfiles” es, en esencia, un viaje por el tiempo que celebra a las personas como el verdadero motor de la universidad. Cada trazo, cada rostro y cada detalle de esta exposición nos invita a reflexionar sobre la conexión entre arte y ciencia, conocimiento e historia, y cómo, al final, son las personas quienes dan forma y significado a una institución.

Te invitamos a recorrer esta muestra única, en la que lo artístico, lo humano y lo académico se entrelazan, y a descubrir en cada retrato y cada curiosidad fragmentos esenciales de la historia de la UPV.

Amparo Carbonell Tatay
Catedrática de Escultura



¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Quiero explicar el sentido de esta exposición, porque, a bote pronto, para mucha gente que me conozca y no me haya visto nunca con las manos en la masa, puede resultar un tanto sorprendente que la UPV realice esta muestra de retratos de gente de la UPV, familia y amigos que hice hace 30 años.

En 1995, cuando me trasladé a la UPV, me encontré con un mundo nuevo y desconocido. Me sentí un poco perdido y necesitaba encontrar a alguien que me ayudara a adaptarme.

Todo empezó en la Escuela Nacional nº1 de Chirivella, mi pueblo, donde había un maestro excepcional, Don Juan Castro Valero, que detectó mis aptitudes para el dibujo y el color. Y que, yendo más allá de un desempeño rutinario de su cometido, recomendó a mis padres que me compraran un estuche de acuarelas que, para asombro de mis hijos y nietos, todavía conservo, como podéis ver entre los materiales expuestos.

Más tarde, a la vez que cursaba el bachillerato con una beca, en el Colegio de San José de los Jesuitas de Valencia, tuve el privilegio de asistir a las clases extra-escolares que impartía en su estudio el Hermano Arribas (pintor de los trípticos que ornamentaban la liturgia de las canonizaciones y beatificaciones de la Compañía de Jesús en Roma).

Al terminar el bachillerato, terminaron también, las clases de pintura. Por aquellos días, mi vocación pictórica había perdido intensidad en favor de dar una orientación científico-técnica a mi futuro profesional, pues me sentía obligado a buscar un enfoque más acorde con la situación económica familiar que necesitaba mi ayuda.

En 1960, cuando me trasladé a la UPV, me encontré con un mundo nuevo y desconocido. Me sentí un poco perdido y necesitaba encontrar a alguien que me ayudara a adaptarme.

Finalmente, opté por presentarme a la oposición que convoca el Colegio Mayor San Juan de Ribera de Burjasot, y obtuve una de las becas. En septiembre de aquel año (1960) se puso en marcha la carrera de Ingeniería Agronómica en la Escuela de Burjasot (Valencia), situada muy cerca del Colegio y tuve el honor y el privilegio de subirme a ese barco, empezar la nueva aventura y ser, por lo tanto, miembro de la primera promoción de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de Valencia.

Debí de ser por el grado de exigencia que requería mi nueva situación académica, pero el caso es que dejé de pintar. Ni siquiera el hecho de mi contacto continuo y amistad con José María Yturralde, estudiante entonces de Bellas Artes y vecino de habitación en el Colegio de Burjasot, me motivaron suficientemente: terminé dedicándome a la investigación y a la docencia en el departamento de Biotecnología y en el Instituto de Biología Molecular y Celular de Plantas “Eduardo Primo Yúfera” (IBMCP(UPV-CSIC)) de la UPV del que fuí cofundador y director durante 18 años.

Pero parece que la vena artística no había desaparecido. Eso sí: cambié los pinceles, colores, lienzos y caballete, por los rotuladores, el blanco y negro, el papel blanco o impreso (lo primero que tuviera a mano que se dejara dibujar en el margen o pie de un folleto o programa).

Los primeros esearceos con el intento de trasladar al papel los rostros de mis abuelos y de algún que otro profesor con sus expresiones y gestos, me hicieron caer en la cuenta de que yo tenía la habilidad de “sacar los parecidos”, de hacer la síntesis, a tamaño reducido, de la gente a la que dibujaba.

Así que, cada vez con más fuerza, emergió el empeño de enfrentarme con el desafío de captar gestos y expresiones. Aunque la avalancha de dibujos tardaría en producirse: sucedió entre los años 1995 y 2015. Fue una auténtica persecución de familiares, compañeros de trabajo y amigos de la UPV, amigos de Denia... cualquiera que se pusiera por delante podía ser víctima de mi rotulador.

Hoy estamos frente al resultado de aquella cacería inmisericorde, acerca de la cual me gustaría hacer alguna puntualización:

Nunca tuvo la pretensión de ser completa y sistemática. De hecho, hay ausencias notables, bien porque no hice el dibujo en su momento, o porque no he logrado rescatar de allí dónde pueda estar, riéndose de mi búsqueda baldía.

En el apartado de las ausencias en la colección, es notable la del género femenino. Os juro que no fue machismo ni misoginia. Fue pura incapacidad, pues resultaba mucho más difícil dibujar el rostro de una mujer que el de un hombre. La cara de una chica joven, lo mismo que sucede con la de los niños y niñas, es mucho más difícil de ser trasladada al papel con unos cuantos trazos del lápiz o el rotulador. ¿No habéis caído nunca en la cuenta de que el Niño Jesús de los cuadros de cualquier época pictórica, tiene cara de viejo?

Yo tengo una explicación puramente técnica: las caras de niños y niñas, de chicos y chicas exigen una mayor precisión a la hora de reproducir sus suaves rasgos, mientras que los de la gente mayor son mucho más acentuados.

La tolerancia u holgura que se tiene para los trazos, formas e intensidades es mayor en este último caso. Por lo tanto, mucho más fáciles de reproducir. Y todavía más, si los pones a todos de perfil, como yo hice.

Es decir, el rostro humano, a medida que envejece, presenta mayor número de elementos en los que puede refugiarse la imprecisión y que incluso pueden constituir elementos enriquecedores de la imagen. (Me estoy refiriendo a las arrugas y la barba, en el caso de los hombres).

He creído necesario hacer estas aclaraciones, porque sin ellas, sería inexplicable la gran ausencia de mujeres en mis dibujos. Simplemente, tuve miedo de no hacerles justicia. Podría haberla atribuirlo a mi timidez, pero esto no se lo iban a creer ni ellas ni nadie que me conozca. Espero que sabrán perdonarme.

También tendrán que perdonarme mis compañeras y compañeros de trabajo. Para explicar esta inexcusable omisión, lo único que se me ocurre aducir en mi descargo es, que la seriedad con la que nos tomábamos el trabajo impidió la relajación necesaria para dibujarlos.

-Una última cuestión:

¿A santo de qué hacer la exposición ahora, 30 años después? El caso es que, por Navidad, llamé a Amparo Carbonell, Catedrática de Escultura de la Facultad de Bellas Artes, y amiga y compañera de fatigas del Poli, para preguntarle cómo estaban ella y sus familiares y si la Dana les había afectado directamente.

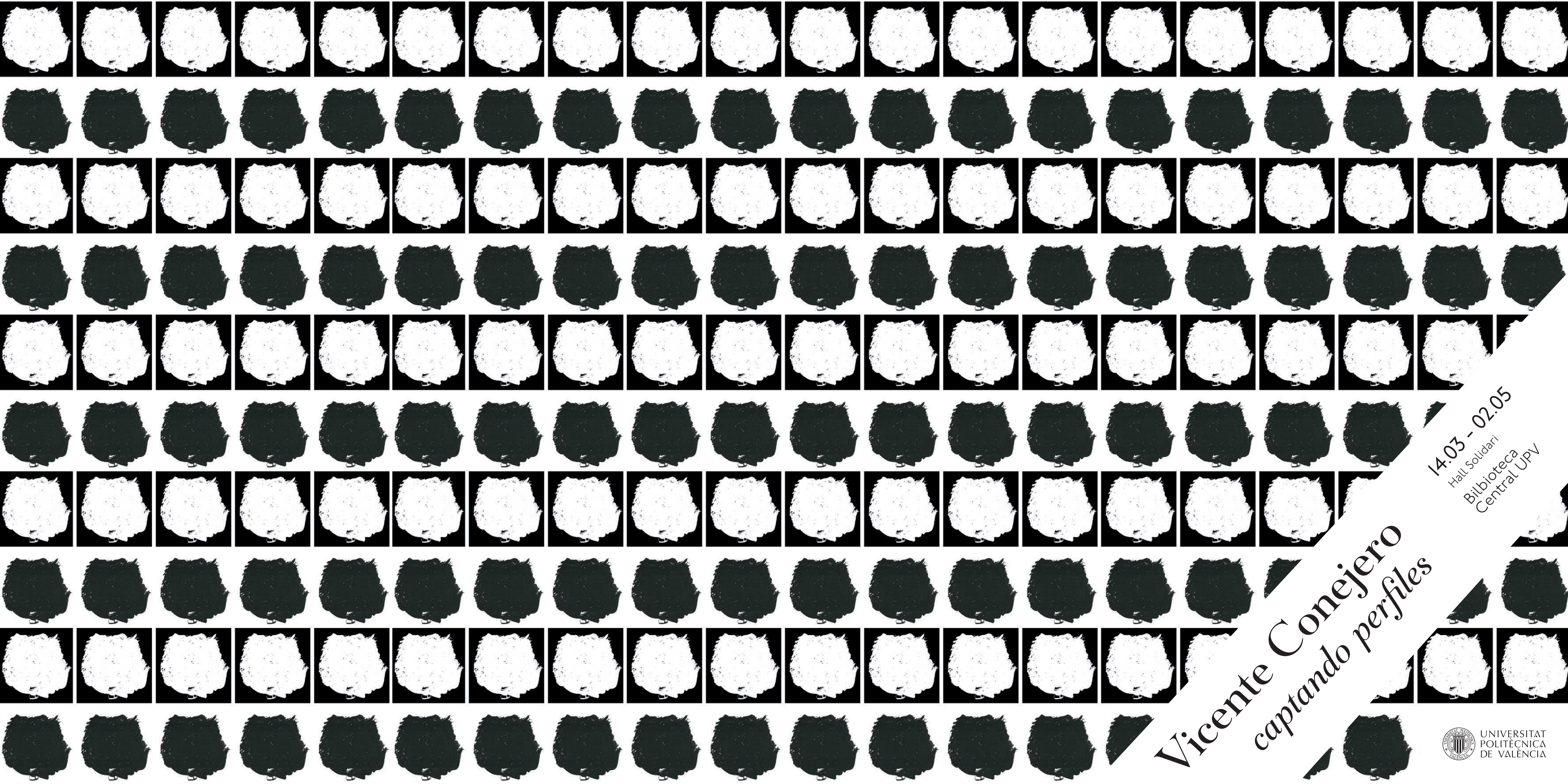
Debí pensar que era una buena oportunidad para hacerme la petición, que hace muchos años me había hecho el Rector Justo Nieto, muy apoyado por la propia Amparo que, a la sazón, era miembro del equipo rectoral: la petición era que hiciéramos una exposición con mis dibujos de la gente de la UPV (era público y notorio que yo tomaba apuntes en algunas reuniones y actos protocolarios de la Universidad). Pero por entonces, tenía a mis hijos y a una nuera repartidos por toda la Universidad en empeños relacionados con el dibujo y la pintura, (Rafa, en Arquitectura , Lucía y Andrés y una nuera, Vicky Esgueva, en Bellas Artes). Por otra parte, mi hija mayor Ana estaba haciendo la tesis doctoral en el laboratorio de Vicente Moreno, en el IBMCP del que yo era director y no quise que pudieran pensar que les estaba robando su lugar en el sol, por la puerta falsa. Me pareció, entonces, que acceder a que se celebrara esa exposición podría ser visto como una suerte de intrusismo de enchufado, por mi parte.

Ahora que tengo más años que Matusalén (83), he perdido ese pudor. Voy a concederme el gusto de ver mis dibujos ordenados y expuestos, por primera vez fuera de las cajas de zapatos y carpetas en que estaban guardados (algunos, me consta, que están enmarcados y colgados en vuestras casas).

Solo me resta agradecer el inestimable trabajo de organización y montaje realizados por María José Martínez de Pisón y Amparo Carbonell Tatay, y desear que os guste la exposición.

Muchas gracias a todas y a todos por vuestra comprensión y benevolencia.

Vicente Conejero Tomás
Catedrático Emérito de Bioquímica y Biología Molecular
Ex-Director del Departamento de Biotecnología de la UPV
Ex-Director del Instituto de Biología Molecular y Celular de Plantas “Euardo Primo Yúfera” (UPV-CSIC)



14.03 - 02.05
Hall Solidari
Biblioteca
Central UPV

*Vicente Conejero
captando perfiles*